

Acto Académico en Conmemoración del Día del Profesor

Palabras alusivas a la fecha a cargo de Mag. Ester Azubel:

Peguntas

Debo admitir que, cuando Gugui me pidió que preparara algo para esta oportunidad, quedé desconcertada; la idea de hablar sobre la educación en la universidad me resultaba inaprehensible, por su amplitud. En torno a esta cuestión, pensaba, podría referirme a la educación como la etapa de los estudios superiores (¿me pregunto qué significa “estudios superiores” más allá del ámbito laboral, de la búsqueda de una formación disciplinar que acredite y legitime una actividad, un hacer?); después me preguntaba: pero en realidad de qué educación universitaria estamos hablando. Justamente, porque también tengo algunas horas en la universidad privada, me di cuenta que mis palabras podrían abordar un tema más vasto: la importancia de la educación pública, por ejemplo, lo que hubiera implicado hablar de políticas educativas, referirme a presupuestos, insinuar conflictos políticos de distinto nivel ... y también era consciente que esto me excedía. Cambiando sustancialmente la perspectiva, se me ocurría que el tema podría orientarse hacia la educación considerando la cultura de la imagen como pauta dominante. ¿Cómo encarar la educación hoy, nosotros, docentes de aulas pero insertos en un mundo altamente tecnologizado, en sociedades globalizadas, inmersos en comunidades pretendidamente hiperinformadas? ¿Cómo competir con los temas y los gustos marcados por la moda o las publicidades, ser eficaces en nuestra intervención y realmente gravitar, aunque sea de algún modo mínimo, en las orientaciones o las determinaciones del hacer del estudiante?. Intuyo que debo ser escéptica porque inmediatamente, de esta cuestión relativa al imperio de la imagen se me ocurrió que podría desprenderse otro problema:

¿cómo contrarrestar esa fuerza avasalladora? ¿Cómo, qué hacer, para despertar la inquietud o el deseo, por dar un ejemplo nada desinteresado- por la lectura o por la letra? Esta última pregunta sobre la que se deben haber escrito páginas y páginas (no sólo desde la pedagogía y la psicología) no me atañe únicamente porque me he pasado la mayor parte de mi vida leyendo sino que es fundamental para mi práctica docente (y creo que para la de todos nosotros).

Como puede verse, la demanda de Gugui se había convertido en una lista de posibilidades que no he agotado en esta descripción y a esa altura había devenido en una especie de posible agenda a desarrollar sobre la educación (podríamos considerarlo para el próximo período lectivo).

Relatos

Hace ya 24 años que mi actividad en esta casa gira en torno a la literatura y lo hago sin vacilación alguna -utilizo el sintagma “gira en torno” porque permanecer en ese espacio es involucrarse en el ámbito de lo social, de la filosofía, de la historia, de la ideología, de las culturas, de la lectura y la escritura. En cierto modo me resulta un hacer naturalizado, podría decirse que es una labor que practico sin cuestionamientos existenciales puesto que ni soy capaz ni deseo ocuparme de otra cosa que no sea eso: la literatura-; pero ello corresponde al ámbito de la disciplina, del qué, de los contenidos, de la problematización de esos contenidos, de mi propio aprendizaje. Sin embargo no me es fácil decir “hace 24 años que soy docente”. Me avengo no sin perplejidad a mi condición de profesora cuando lleno formularios: “profesión” (y entonces escribo) “docente”. Y aquí mi sensación es distinta, ya no es fácil –por el contrario me es harto problemático- explicar en qué consiste el asunto mismo de ese hacer.

Las preguntas que recurrentemente vuelven cuando estoy frente a la clase, quizás aun después de haberme escuchado desplegar con coherencia y algunas veces hasta con fluidez los vericuetos de un tema o los problemas sobre determinadas cuestiones son: ¿es

posible enseñar literatura? ¿Es posible enseñar a leer? ¿Es posible enseñar a escribir? Hasta llegar -al final- a la pregunta fundamental y angustiante: ¿es posible enseñar... algo? Seguramente estas dudas no son de mi exclusividad: aunque planteadas de modo diferente, se infieren del enunciado de un afiche difundido recientemente en la UNSE con la publicidad del curso-taller de Alberto Tasso. “¿Es posible aprender a escribir?” se pregunta. E inmediatamente viene la propuesta: “Nuestra respuesta es plenamente positiva y por eso ofrecemos el presente curso-taller”. Observen que aquí la incertidumbre –por otra parte puramente retórica- se orienta al polo de la recepción, no a la del docente.

La pregunta por la posibilidad de la enseñanza de la literatura fue formulada por profesores interesados en la incógnita educación/literatura al intelectual francés Roland Barthes. Estos profesores parten definiendo la función docente como **la transformación de un saber constituido** (me atrae esa definición porque la idea de transformación está ligada al concepto de trabajo; me atrae saber que uno no sólo intercambia papeles sino que participa en una operación transformadora, por ejemplo la de los sentidos en el caso de la lectura crítica). Y entonces le preguntan: “¿Se puede enseñar la “literatura”? (literatura entre comillas porque en la pregunta están implicadas otras, más básicas como ser las siguientes: “si ese saber existe constituido; si existe, de qué tipo es; si, al existir, presenta alguna utilidad para los alumnos, y cuál?” (Barthes: 1983, 242) Como es de suponer, en esa entrevista Barthes deconstruye el concepto de literatura y además, en su respuesta despliega un campo de reflexión del que me gustaría tomar, a modo de notas, nada más que un par de ideas aun vigentes (la entrevista tiene 35 años) y probablemente de interés común.

La primera idea se refiere al lenguaje. Dice Barthes: “el lenguaje no es solamente una comunicación [...] no es una comunicación *recta*” (Barthes: 1983, 244). La afirmación remite al hiato existente entre la teoría y la práctica; es un mito pensar, aclara el autor, que la teoría viene a sacar de apuros a la práctica, que a su vez endereza la teoría. No es tan simple cuando se habla en el espacio del lenguaje (esta dificultad se hace ostensible, por ejemplo, ante la siguiente pregunta “¿cómo articular en una práctica pedagógica el

aprendizaje de la lectura y el de la escritura?” (Barthes: 1983, 243)). Y admite que quizás la comunicación sea más simple en el ámbito de la política, pero no en el del lenguaje.

La segunda idea que me interesa destacar se refiere a la interacción profesor – alumno. La tarea de la enseñanza (en el caso de la literatura pero especulo que sucede en casi todas las disciplinas) no se centra sólo en los contenidos. Y Barthes, que es un escritor lo dice de este modo: la tarea de la enseñanza “se centra también en la relación, la cohabitación entre cuerpos” e instala el siguiente problema: cómo se puede poner en el contenido, en la temporalidad de una clase llamada de letras, valores o deseos que no están previstos por la institución (educacional o literaria). Y su planteo no pasa por conocer los deseos de una clase o por cómo liberarlos sino por la pregunta si es que –en definitiva- hay un deseo. Aquí, según mi experiencia, podrían distinguirse dos situaciones: por un lado, la del alumno que egresa del secundario e inicia la carrera; en él visualizo una suerte de estrechez ligada más que a los saberes, a la carencia de deseo (se ven ausentes, parecen ignorar las mayores cuestiones pero son indiferentes a ese estado de ignorancia). Es como si aun no hubieran llegado al lugar en el que se encuentran: una clase del primer año de la universidad. En oposición, aquellos que ingresan a la licenciatura, nuestros alumnos generalmente ya docentes, se ven ávidos; quizás porque forman parte del circuito de la producción o porque ya han leído, o porque la posibilidad de un trabajo final activa el fantasma de la escritura (como diría Barthes).

En ese sentido me parece interesante el envío por mail- al que ya nos tiene acostumbrados el Área de Comunicación- de la Editorial 42 sobre el “acto educativo”, firmado por Gugui en el que se sugiere a la enseñanza como una “aventura que busque y reconozca en cada alumno la posibilidad de emprender itinerarios que no teman la transgresión de lo instituido.”

En un artículo titulado “Escritores, intelectuales, profesores”, bajo el subtítulo *Nuestro lugar*, dice Barthes

“Habría que sustituir el espacio magistral de antes [...] por un espacio menos recto, menos euclidiano, en el que nadie, ni el profesor ni los estudiantes, estaría nunca *en el último*

lugar. Se vería entonces que lo que hay que hacer reversible no son los “papeles” sociales (¿por qué disputarse la “autoridad”, el “derecho” a hablar?) sino las regiones de la palabra. ¿Dónde está? ¿En la locución? ¿En la escucha? ¿En la *correspondencia* de una y otra? El problema no radica en abolir las distinción de las funciones (*el profesor/el estudiante*) [...] sino en proteger la inestabilidad, y, si podemos decirlo, la modorra de los lugares de la palabra. En el espacio enseñante, nadie debiera estar en su lugar en ninguna parte (me tranquilizo por este movimiento constante: si llegara a ocurrir que yo *encontrara mi lugar*, no simularía siquiera a enseñar, renunciaría a ello).” (Barthes: 1974, 98-99)

En todo caso, la cuestión de la enseñanza, me parece, pasa -más que por la didáctica o la metodología- por la pasión que el profesor experimenta ante el objeto de su estudio o el universo de su práctica. Esa pasión por un saber -más que los contenidos- es lo que se genera... en lo que los psicoanalistas denominan “transferencia”.

La lección del profesor

Para terminar, quiero compartir con ustedes una escena: yo tengo 12 años y debo rendir un examen de Lengua para ingresar a la escuela Normal de Tucumán. Mi tía, profesora de Lengua y Literatura de una escuela de Comercio, en Concepción (pueblo en el que transcurrió mi infancia y en el que cursé mi escuela primaria) me “instruye” para esa evaluación. Su madre (mi abuela) sentada cerca de esa mesa donde yo realizo las tareas, analizo oraciones (no había enunciados) tejía crochet y atendía. ¿Qué atendía mi abuela? Mi abuela, analfabeta, atendía la voz de mi tía diciéndole “Escuche, mamá, escuche... escuche esto” ... y recitaba, lentamente -con la profunda emoción que le despertaba Jorge Manrique en las Coplas a la muerte de su padre- la imagen de la muerte borrando todas las diferencias terrenales. “Escuche esto, mamá, qué hermoso”, le decía a mi abuela analfabeta. Y yo, una niña de 12 años, escuchaba su pasión por esa imagen olímpica de la muerte.... Ella fue mi primera maestra. Allí aprendí, allí cursé mi primera clase de literatura.

Bibliografía

Roland Barthes (1983) Literatura/enseñanza en *El grano de la voz* México: Siglo XXI pp. 242-252

Roland Barthes (1974) Escritores, intelectuales, profesores en *¿Por dónde empezar?* Barcelona: Tusquets Editor pp. 83-109